

—No, quédate acompañándole... Te le confío y te confío á mis hijas.

—¿No le verás antes de partir?

—No. El se opondría á este viaje, á esta calaverada... Saldré de casa á las seis, antes que él vuelva. Entonces le dirás que he salido para intentar algun medio; luego, cuando ya no pueda hallarme en la estacion, le confesarás la verdad. No te inquietes por Jorge... Al principio, acaso se aflija porque haya hecho esto. Luego, participará á su vez de mis esperanzas. Así sufrirá ménos hasta el sábado... Esto es mejor... Iria aún cuando estuviera segura de que iba á perder... Pero ganaré, es preciso que gane.

Luisa se detuvo, y cayendo sobre un sillón, prorrumpió en llanto. Sus nervios excitados por largo tiempo, perdieron al fin su rigidez.

XI

Mónaco y Monte-Carlo, estos dos nombres se confunden en la mente de ciertas personas que no se hayan visto obligadas á viajar por la costa del Mediterráneo. Se preguntan si se trata de dos ciudades distintas, ó si es que Mónaco ha cambiado de nombre para tomar el de su último soberano Carlos III.

Son dos ciudades distintas, construidas sobre unas rocas situadas frente por frente, pero separadas la una de la otra por un espacio tan pequeño, relacionadas con tanto interés, que está perfectamente admitido el no hacer más que una sola ciudad, y el darles el mismo nombre.

Monte-Carlo, como la Condamine, situada al pié de dos rocas, cubriéndolas una á otra, es un barrio de Mónaco, el barrio elegante, el boulevard de los Italianos, ó los Campos Eliseos de esta pequeña ciudad, única en el mundo.

En Mónaco, propiamente dicho, se encuentra el

palacio del soberano, el sitio de su paternal gobierno, los cuarteles de su ejército de cien hombres, contando entre ellos á los treinta carabineros encargados del servicio de seguridad; los domicilios de los directores de la Tesorería, de la justicia, de la marina, de instruccion pública, todas las casas de la gente monástica, la administracion de correos, la iglesia, y en fin, los magníficos jardines de Saint-Martin.

Monte-Carlo, de construccion moderna, ideado, creado por Mr. Blanc, encierra lo más escogido de la ciudad, un magnífico hotel, otros más pequeños, un café, algunas tiendas, un depósito de tabaco, una estacion telegráfica, tiro de pichones, paseo, parterres maravillosos y el famoso templo del juego llamado modestamente casino ó círculo de los extranjeros. Esto es todo... No busqueis otra cosa, porque no la encontrareis. Es verdad que nada teneis que buscar, ni aun se os ocurre la idea de hacerlo. Todos vuestros gustos, todas vuestras necesidades, todos vuestros apetitos, todas vuestras pasiones están satisfechas tan ámpliamente en aquel rincon de la tierra, que su vecino, el juicioso, el antiguo, el legendario Mónaco, no os causa envidia alguna. Conocemos parisienses que han habitado largo tiempo en Monte-Carlo, sin pensar nunca en descender en carruaje, una de las dos montañas y subir á la otra, viaje de un cuarto de hora apenas, para echar un golpe de vista sobre las calles, los palacios, los jardines de la

antigua ciudad, tan pintoresca, no obstante, y tan llena de curiosidades, que ella sola merece el viaje de París al Mediterráneo. Otros nos han confesado, que solo han llegado a conocer á Mónaco, por hallarse allí aun la administracion de correos. Un dia que esperaban una carta importante, habian abandonado un instante á su muy amado Monte-Carlo, para hacer una visita interesada á la roca vecina, única depositaria de la corespondencia.

A decir verdad, no hablamos aquí de los viajeros serios, de aquellos que siguen todo el litoral desde Marsella hasta la frontera italiana, y algunas veces hasta Nápoles; estos, no dejan pasar nada y se guardarian bien de olvidar aquel magnífico nido, aquella deliciosa residencia del soberano ménos importante de la Europa, pero al mismo tiempo, del más sábio de los príncipes. Hablamos solo de las personas que se dirigen á Monte-Carlo, con el único objeto de sentarse ante la mesa de ruleta ó de treinta y cuarenta; y si no hubieran suprimido los juegos de Frascati y del Palais-Royal, creed, con seguridad, que no emprenderian este viaje. Llegan, descienden en el hotel de París, allí toman algún alimento, fuman un cigarro, echan un golpe de vista sobre los jardines, sobre el mar y sobre el cielo, se dán por satisfechos de la naturaleza, entran en el casino y no le abandonan mas que ricos ó arruinados para tomar el exprés de París.

Pero, al lado de los verdaderos viajeros, al lado de los jugadores apasionados, existe una clase numerosa de individuos que van de París, de Niza y del mundo entero, á ver á Monte-Carlo por su reputacion; se detienen á causa de su esplendor, y juegan sin premeditacion, por distraccion, por hacer lo que los demás ó porque pasajeraamente se apodera de ellos el demonio del juego. Para atraer á estos estimables visitantes, para retenerlos sobre su suelo, para crearse una renta, la única importante, porque los pequeños jugadores, por su número y su inexperiencia, hacen la fortuna de los casinos, es para lo que Monte-Carlo se ha edificado, se ha engalanado y embellecido cada dia, y será elevado muy pronto, si ya no lo es, á formar parte de las maravillas del universo.

Solo posee una plaza, ¡Pero qué plaza! ¡Cuán bella es. Magníficamente iluminada, durante el dia por su cielo azul, y durante la noche por su estrellada bóveda. ¡Qué cuadro tan magnífico forma, en primer término, por sus hoteles, su casino y un palacio; en el segundo, por sus soberbias montañas y su mar azulado!

Solo posee un jardin ¡Pero qué jardin! Todas las flores se encuentran allí confundidas; la rosa, el jazmin, el laurel, los naranjos, los limoneros, los olivos y las palmeras, dominando á todas las demás plantas y destacándose en un cielo sin nubes. Se cree uno

trasportado repentinamente á la region más bella del Africa central. Cuando uno ha visto una vez aquel país encantado, quiere volverlo á ver; cuando ha vivido en el algun tiempo, quiere vivir siempre. Cuando se aproxima el invierno parisiense, con sus lluvias, sus escarchas, sus nieves, su humedad que os hiela, no se puede ménos de pensar de aquel hermoso cielo, en aquella vejetacion tropical, y de decirse que en veinte horas y por una centena de francos, puede uno trasladarse á aquel paraíso, añadiendo, que acaso pueda vivir en él á costa de la banca.

¿Puede realizarse este último sueño? Sí; si es uno juicioso, si sabe jugar, si cada dia se contenta con una ganancia módica, en proporcion con la puesta, si uno no obedece á sus nervios, si no alimenta el deseo demasiado atrevido de querer hacer saltar la banca, si lucha impasible con ella, si consigue materializarse como ella.

Pues hay muchas condiciones para vencer, se dirá. Es cierto. Pero muchos las llenan y otros podrían llenarlas. No defendemos aquí la causa de los jugadores; no pretendemos tampoco que la aficion al juego, sea un sentimiento respetable y una virtud. Al contrario, afirmamos que es un vicio, el mas deplorabile y peligroso de todos; que llevado hasta ciertos límites, agota la inteligencia, aniquila el corazon, destruye la salud y puede conducir á los mayores

desórdenes, hasta al crimen. Este libro no tiene otro fin mas que contribuir á su extincion.

Pero este vicio existe; nunca se ha hallado más desarrollado, más á la moda, podemos decir, y puesto que no podemos destruirle, extirparle de nuestras costumbres, debemos dirigirle, reglamentarle, moralizarle en lo posible.

Las casas de juego, los casinos, como en otro tiempo los de Alemania, como hoy Monte-Carlo, por los reglamentos que allí se observan, la vigilancia de que son objeto y su distancia de los grandes centros de poblacion, son los que pueden conseguir ese fin.

No somos de aquellos que sostienen que los juegos deben estar establecidos en todas partes y primero en París. Demasiadas pasiones se agitan en él, demasiadas necesidades se hacen sentir, demasiadas pasiones se alimentan, demasiadas distracciones se despiertan á cada paso, para proporcionarle una más, y lo más prudente es tener las casas de juego lo más lejos posible de las grandes ciudades. Sin embargo, creemos tambien que deben de existir, y que París se moralizaria si suprimieran la mayor parte de los refugios de los jugadores, refugios autorizados ó clandestinos, de todas categorías, para dejar subsistir en ciertos sitios algunos grandes casinos, abiertos á las doce y cerrados á las once de la noche, cuidadosamente vigilados, donde no pudiese

ser introducido el fraude, donde uno arriesgara su dinero y no el dinero que le prestan; donde no pudiera pasarse de cierta cantidad.

Pero no pretendemos que adopten una idea tan radical y acaso irrealizable; solo hemos creido debíamos emitirla.

XII

En el momento de su partida de París, y en la estacion del camino de hierro, Luisa Leroy habia experimentado la primera contrariedad, se habia encontrado en presencia de Mr. de Céry y Mr. Dorliac, á los cuales habia hallado muchas veces en tertulias, y el dia anterior, en casa de Mr. X... Ya se recordará que el de Céry habia anunciado su partida para Monte-Carlo, y su amigo Dorliac, el bolsista, se habia comprometido á seguirle, despues de haber afirmado y apostado que no se dejaria seducir por la ruleta ni por la treinta y cuarenta.

Los dos jóvenes reconocieron á Mme. Leroy, á pesar del velo que cubria su rostro, y creyeron que podian, despues de saludarla, dirigirle las preguntas de costumbre entre las personas que se encuentran en una estacion: «¿Hasta donde vais? ¿Tendremos el gusto de hacer en vuestra compañía todo el viaje?»

Luisa Leroy se vió obligada á confesar que se

dirijia á Monte-Carlo. Era inútil é imprudente el negarlo, puesto que aquellos señores, se dirijian seguramente al mismo punto. En el mes de Febrero, las personas de buen tono que abandonan repentinamente á París, van, sin duda alguna, á las ciudades en donde se ha refugiado el sol, á Niza, Cannes ó Menton, cuando se hallan enfermas, casadas ó son juiciosas; al principado de Mónaco, cuando se encuentran bien y son jóvenes y calaveras. Una mirada echada sobre Dorliac y de Cery, bastaba para indicar el punto á donde se dirijian.

Pero Mme. Leroy, como ya supondreis, se guardó bien de confesar sus proyectos y de dar á conocer á aquellos señores, cuando le hablaron de este asunto, que tambien ella podia hacer sacrificios á los honorables dioses de Monte-Carlo. Dijo que su padre habia llegado á aquella ciudad hacia algunos dias, y que se encontraba en ella sufriendo y enfermo, por lo que se habia inquietado, decidiéndose á ir á su lado. Esta fábula pareció de las más verosímiles. Dorliac y de Cery, conocian á Mr. de Servan, su vicio favorito y sus costumbres del invierno. Se habian acostumbrado á hallarle en parajes semejantes al que iban á visitar, y no podian admirarse de que su hija fuese por casualidad á hacerle compañía.

Gracias al departamento reservado á las señoras, á donde Dorliac y de Cery no pudieron seguirla,

evitó durante el viaje la compañía de ambos señores. Refugiada en un extremo, consiguió, sino dormir, al ménos dormir. Tenia necesidad de este pequeño reposo, despues de la noche que acababa de pasar, y en el momento en que iba á sufrir tantas emociones y á afrontar tantas fatigas.

Hacia las ocho de la mañana, entre Avignon y Marsella, acabó su reposo, y empezó para ella un nuevo dia, dia que podia hacer desaparecer su pena, salvarla ó acabar trágicamente. Durante el largo trayecto que aun tuvo que hacer, ¿pensó en el juego? En otros términos, ¿vivió, por medio del recuerdo, con su esposo, sus hijas y su hermana, ó bien su pensamiento, adelantando los acontecimientos, corriendo más veloz que el expés la transportó á Monte-Carlo, cerca de la mesa de la ruleta?

Generalmente, los jugadores, cuando están próximos á dar un nuevo combate, á medir sus fuerzas con la fortuna, se dejan dominar por sus preocupaciones; abandonan el mundo real, para vivir con las cartas, los dados ó el cilindro que va á decidir su suerte. Antes de jugar materialmente, juegan con el pensamiento partidas maravillosas, ven jugadas, que acaso no se presentan nunca; se entregan á cálculos fantásticos. El oro no cesa de amontonarse ante ellos, y en algunos momentos tienen hecha su fortuna. Entonces se preguntan si continuarán jugando, y como se complacen en vivir en el reino de las ilu-

siones, responden afirmativamente. Pronto conciben un nuevo sueño, ganan aún, ganan siempre. Ahora son millonarios y no tienen más que una preocupacion, la de emplear bien su dinero. Establecen su marcha, compran, construyen, dan, se ofrecen todos los placeres, se entregan á todas las prodigalidades y gozan de todo lo gozable. Y cuando se encuentran algo apurados, vuelven al juego, inventan nuevas combinaciones, hacen nuevas ganancias, y más ricos que antes, vuelven á empezar á vivir. Mientras vaga así su pensamiento, nunca admiten la pérdida, nunca hallan la ruina, y tienen razon; demasiado pronto les ha de llegar. ¿Para qué presentirla? ¿Por qué no rodearse de riquezas imaginarias.

Si Mme. Leroy habia formado el extraño proyecto de partir para Monte-Carlo y habia resuelto sacar á la ruleta la suma que podia salvar á su esposo, era porque evidentemente el conde de Servan, le habia introducido en su sangre algunas gotas del veneno que el poseia. Una mujer de la buena sociedad, cualquiera que fuera su situacion, desesperada, no tendria nunca la idea de refugiarse en el juego y de ver en él su salvacion, á no estar nacida en condiciones especiales, á no sufrir influencias ocultas, á no obedecer á un poder misterioso. Porque una pasion que uno no se conoce á sí mismo, estalla de pronto, no se necesita desarrollarla, que ella nace por sí sola y espontáneamente. Todo nos hace creer que desde Marsella á

Monte-Carlo, pudo olvidar Luisa Leroy, por algunos instantes, á París, á los que en él dejaba, sus temores, su desesperacion, y vivir en un mundo ficticio, creerse salvada y acaso tambien rica,

La naturaleza, parecia contribuir presentándole ideas sonrientes, ó al ménos entreteniendola con algunas ilusiones, haciendo brillar una esperanza ante sus ojos, humedecidos aun por las lágrimas. A partir de La Ciotat, el sol que hacia dos meses habia dejado á los parisienses, vino á inundar el carruaje en que se hallaba Luisa. Era ese sol del Mediodia que penetra, ilumina, embriaga y da calor al corazon y á la cabeza, haciendo ver nuevos horizontes.

Bien pronto apercibió el mar para no dejarle ya durante el viaje; el mar con sus olas azules, cantado tantas veces en verso y en prosa, con sus rocas grises, su vegetacion pintoresca, sus islotes acá y allá, dispersos y siempre rodeados por una flotilla de barcos pescadores con sus blancas velas cual gaviotas.

Ante el tren, desfilaron sin interrupcion, Hyères y sus islas de oro; Fréjus, querida de Alfonso Karr; Cannes, con su vegetacion tropical; las islas de Serius; Autites, el oasis más querido de nuestros dramáticos, de Ennery, Niza, Villefranche, Beaulieu, y por último, Mónaco y Monte-Carlo, porque esta última posee su estacion especial, para que no pueda confundirse con la otra.

Luisa Leroy, llegó por fin. Sus compañeros de

viaje Dorliac y de Céry, antes de alejarse, creyeron debian ponerse á sus órdenes. Ella les dió las gracias, subió á un carruaje que la condujo al hotel de París, donde tuvo la suerte de hallar una habitacion.

Serian poco más ó ménos las siete de la noche cuando salió del hotel y se halló en la plaza de Monte-Carlo. Se detuvo y miró á su alrededor. ¿En dónde estaba situado el famoso establecimiento, al cual venia á buscar desde tan lejos, el templo del que tan frecuentemente le habia hablado Mr. de Servan, aquel paraíso para unos, infierno para otros, casa de perdicion para estos y de libertad para aquellos; mar borrascoso ó puerto de salvacion?

Frente á ella, detrás de los jardines y la fuente, se elevaban largos edificios que solo tenian un piso, sin arquitectura, sin elegancia. No era posible que tuvieran relacion alguna con el tan renombrado casino, construido por Mr. Blanc.

Entonces, notó á su derecha una especie de palacio brillantemente iluminado. Este era sin duda, el monumento que ella buscaba, y en el cual queria penetrar.

¿Pero se atreveria, sola, sin un brazo amigo, á recorrer aquella plaza, subir las escaleras, atravesar aquel perron, sobre el cual se encontraban, en aquel momento muchos grupos de hombres y mujeres? ¿Se atreveria á abrir aquella puerta, de la cual mu-

chos criados, con gran librea, parecían prohibir la entrada?

Sin embargo, era preciso decidirse; levantó bruscamente la cabeza, y con paso resuelto, franqueó la distancia que la separaba del círculo de los extranjeros.

Cuando llegó al peristilo, los criados, en vez de detenerla, se separaron para abrirla paso; pero cambiaron entre sí ciertas miradas que parecían decir: «No conocemos á esta, es una nueva concurrente.»

Entre tanto, Luisa, se encontró en una gran sala sostenida por columnas, una especie de antecámara rodeada de banquetas, y á la cual daban numerosas puertas.

¿Hacia dónde debía dirigirse para penetrar en el santuario?

XIII

No atreviéndose á preguntar ni a las personas que estaban en las butacas, ni á los que se paseaban de uno á otro lado bajo el peristilo, la señora Leroy creía tener suficientes noticias para descubrir el camino, y adivinar donde se encontraba la puerta del templo. Pero el espíritu de observacion, al cual llamaba entonces en su ayuda, le faltó de todo punto. De pronto, dos jóvenes, acompañadas de una persona de más edad, y que al parecer pertenecía á un rango elevado, pasaron á su lado, dirigiéndose al guarda-ropa, y despues de haber dejado sus abrigos y sus mantillas, marcharon por una galería que daba frente á la puerta de entrada. Luisa Leroy, se resolvió á seguir las; así creerian que iba en su compañía, y no sufriría tanto con su timidez. No era dudoso para ella que áquellas señoras no se dirigían á los salones del juego y sintió cierta satisfaccion al ver que se encontraba entre señoras *comme il faut*.